fantástico si se recuerda que en el yacimiento hullero de Sydney, por ejemplo, se encuentran escalonados unos sobre otros, hasta cincuenta y nueve bosques fósiles, y si se piensa en el increíble lapso de tiempo necesario para las evoluciones geológicas que han transportado los bancos de conchas marinas á las cumbres de las montañas; ó en la lenta formación de *los deltas* de Alejandría y de Nueva Orleans por los aluviones del Nilo y del Mississipí; ó en la no menos lenta metamorfosis que ha experimentado la fauna terrestre en las épocas paleontológicas, pasando de la edad de los moluscos á la de los reptiles, sucesivamente á las de los peces, de los pájaros y de los mamíferos; y luego, en fin, después de la aparición del hombre, su paso por las edades de la madera, de la piedra tallada, de la piedra pulimentada, del hueso y del marfil, del bronce y del hierro.

Y con todo, esta *formación hullera,* que cuenta seguramente millares de siglos, no es más que uno de los cinco ó seis grandes períodos que han precedido á la época llamada prehistórica, la de la aparición del hombre en la tierra. Res-

peratura actual.—«Varios geólogos han intentado calcular el tiempo necesario solamente para la edificación del conjunto de las capas terrestres, y han llegado á 6 ó 700 millones de años. (L. Büchner. *El Hombre según la ciencia.*)

pecto de esta última época—y sin recordar, con Diodoro de Sicilia y Cicerón, que los babilonios, se jactaban de contar 473.000 años desde las primeras observaciones de sus astrónomos hasta la llegada de Alejandro,—he aquí el resultado de los cálculos más recientes y seguros: «Objetos trabajados por la mano del hombre y encontrados en el limo del Nilo, demuestran, según Burmeister, por el espesor del depósito de aluvión que los recubre, una antigüedad de 72.000 años por lo bajo.» (*Cartas geológicas*). He aquí aún el enorme resumen de las observaciones hechas por el geólogo inglés Vivian, con los restos humanos recientemente descubiertos en la caverna de Kent, cerca de Torquay: «Una capa conteniendo alfarería romana, de unos 2.000 años de antigüedad, se encontraba recubierta de estalagmitas, de unos cinco milímetros de espesor. Comparando este espesor con el de otras capas de estalagmitas subyacentes, y mucho más espesas... en las que se han recogido huesos trabajados y sílex tallados mezclados con restos de grandes paquidermos... es evidente, por el cálculo de proporción, que el hombre, contemporáneo de los elefantes y de los rinocerontes, existía ya en Inglaterra, hace doscientos sesenta y cuatro mil años.»

Estímase, según los datos astronómicos y

geológicos, que el período glacial ha precedido á la época llamada actual (la que sigue á la cuaternaria) en 950.000 años. De modo que el hombre existía, sin duda alguna, antes de terminar la época terciaria. Basándose en esos dos hechos reconocidos, Darwin cree poder retroceder la aparición del hombre primitivo á sesenta millones de años antes de nosotros. Los seis mil años de la historia bíblica, puestos en parangón con esos seiscientos mil siglos, serían, según observación del doctor Lebon *(El Hombre)*, como una hora en doce meses, ó un día en treinta años.

Por una parte los descubrimientos decisivos de la geología moderna, que Carlos Lyell llama «la autobiografía de la tierra», y los descubrimientos no menos decisivos de la paleontología, que ha marcado la sucesión de las floras y de las faunas en nuestro globo, es decir, el conjunto de los vegetales y de los animales en cada época geológica; por otra parte la química orgánica, no limitándose ya solamente á descomponer los cuerpos, sino determinando la formación de los cuerpos compuestos; por otra parte aún, una gran ley nueva que había anunciado Lamarck, y que fué entrevista por Epicuro y Lucrecio *(El Transformismo* ó la *Selección natural de Darwin)*, llamada á ocupar en la historia natural el lugar de la gravitación en la física, explicando

cómo la naturaleza elimina y rechaza paulatinamente á los individuos más imperfectos de cada especie, y aún las especies más imperfectas de cada género, dejan concebir el lento y secular progreso de lo que me atrevería á llamar la *auto-creación*.

«En el universo, dice Littré, el tiempo jamás se cuenta, ocurriendo otro tanto con el espacio.» Cuando se ve con cuán excesiva lentitud, por qué tanteos sucesivos y qué ensayos graduales la naturaleza ha formado, completado, modificado, y perfeccionado los seres *(natura non facit saltus*, dice Linneo), no puede menos que repetirse esta justa reflexión de un filósofo alemán: «¿De dónde vienen los animales?» se pregunta, y responde: «La idea de que Dios los creó por su voluntad no es únicamente muy poco satisfactoria, sino muy poco digna de él. La gran alma del mundo, que creara sistemas solares y vías lácteas, ¿podía hacer *ensayos* de animales, sin perjuicio de *rehacerlos* si no eran suficientemente buenos?» (Zimmermann). ¿Qué dicen á esto los partidarios del Génesis bíblico?

Egdardo Quinet, tiene razón completa al afirmar que toda forma nueva de la organización vegetal ó animal es en la naturaleza lo que una nueva máquina en la sociedad, es decir: que el advenimiento de una organización superior y

más poderosa hace desaparecer una multitud de seres inferiores. Así se continua sin cesar la *auto-creación*, el trabajo de la *naturaleza naturante* en la *naturaleza naturada*.

A buen seguro, quienes han visto los habitantes aborígenes de Australia, peludos y mal olientes, de frente aplastada, vientre hinchado y colgante, brazos largos y débiles, dientes simios y comiéndose sus hijos en los tiempos de hambre, pueden comprender perfectamente la facilidad de que un chimpancé ó un gorila se conviertan en hombre. Esta raza australiana, que no teniendo palabras para contar hasta cinco, es superada en memoria por la urraca, y no sabe cuál es el número de sus dedos, ha desaparecido actualmente, por así decir, como desaparecerán también la de los Tasmanios, de mandíbulas de mono, la de los habitantes de la Tierra de Fuego, la de los Buschmanos, la de los Negrillos de monte, la de los Dokos de Abisinia, que no conocen el uso del fuego, la de los Ainos peludos de Kamtschatka, adoradores del oso, etc.; pero, entre las razas ya desaparecidas, ha podido hallarse alguna aún más vecina á la animalidad: por ejemplo, la de los *mallados* de la Guyana, que cita Buffon, cuyos individuos vivían en los árboles sirviéndose del pie como de la mano. «Si la morfología zoológica, dice Ernesto Re-

nán, fuera estudiada con la penetrante mirada de un Goethe, de un Cuvier, de Geoffroy-Saint-Hilaire, ¿no creéis que descubriría el secreto de la formación lenta de la humanidad, de ese fenómeno extraño en virtud del cual una especie animal toma sobre las otras una superioridad decisiva?»

«Después de haber destruído el error *geocéntrico*, hay que destruir el error *antropocéntrico*.» (Hœckel). Como resultado de sus magníficas investigaciones de anatomía comparada, Th. Huxley, siguiendo á Linneo, coloca el hombre (con el nombre de antropiniano) sencillamente en la primera de las siete familias de primates entre los animales vertebrados. Y añade: «Las diferencias anatómicas que separan al hombre del gorila y del chimpancé, no son tan considerables como las que separan al gorila de los monos inferiores.» (*Lecciones sobre el lugar del hombre*). M. Brocca no le atribuye otro lugar en su *paralelo anatómico de los hombres y de los monos*. «Pido perdón á nuestros señores los cardenales, dice acerca del particular Guarin de Vitry, pero, en lugar de descender del cielo, la especie humana parece mejor subir de la tierra, y los monos serían más próximos parientes nuestros que los ángeles.»

«Nuestros viajeros, había dicho J. J. Rousseau,

hacen animales con el nombre de *pongos* ó de *orangutanes*, de esos mismos seres de los cuales hacían divinidades los antiguos, bajo el nombre de *satiros, faunos, silvos*. Tal vez, á vuelta de investigaciones más exactas, se encontrará que no se trata ni de bestias ni de dioses, sino de hombres.»

Los adeptos del ilustre Darwin creen en un precursor del hombre, como parecen indicar las mandíbulas fósiles, humanas, pero casi bestiales, de los cráneos de *Canstadt*, de *Neanderthal*, de la *Naulette*, de *Moulin-Quignon*, etc. Como ellos, Egdardo Quinet, supone que entre el mono y el hombre actual, existió en otro tiempo una especie intermediaria que habría desaparecido antes que las razas inferiores de la humanidad primitiva. «El hombre, dice, una vez separado de los monos por un intervalo cualquiera, se ha alejado á grandes pasos de su primer origen. Por la cabeza se ha hecho reconocer desde luego sobre la multitud de los simios; desde que ha existido los ha dominado por la frente.»

¿No vemos aún en la tierra pueblos antropófagos, dos mil años después de Platón, ocho mil después de la dinastía egipcia que edificó las grandes pirámides? «La raza de los indios del Oeste, dice L. Simonin, no ha salido aún de la etapa primitiva que ha debido recorrer la humanidad desde el principio de su evolución, la de pueblo cazador, nómada, la de la edad de piedra. Si los blancos no les hubieran llevado el hierro, los indios tendrían aún armas de sílex, como el hombre antediluviano que poblaba á Europa hace cien mil años y se guarecía en las cavernas.» (*Excursión á los Pieles-Rojas.*) Si un planeta puede formarse en el espacio, bajo la influencia creadora del sol, puede igualmente destruirse, sea por un cataclismo, sea, mejor, por el agotamiento de su valor específico, por la simple ley de la demolición de los astros; testigos de ello son los restos del planeta indicado por Képler, y demostrado por Olbers, que pueblan en multitud de asteroides el espacio comprendido entre Marte y Júpiter. Asimismo, un sol que puede encenderse (lo cual se supone de ciertas nebulosas), puede también apagarse, y, en la vida universal, en la vida eterna, su existencia de miles de millones de siglos no es mayor que la existencia de una efímera. Así se comprobaría y demostraría de arriba abajo del universo, desde el astro al insecto, el destino fatal de todo ser y de toda cosa que forma parte del gran Todo: nacimiento, progreso, elevación, declinación, caída y muerte (17).

(17) «Todo cambia, todo pasa; sólo queda el Todo.» (Diderot.)

Desde que se ha reconocido la imposibilidad de la creación en el espacio y en el tiempo por un ser eterno, anterior al tiempo, superior al espacio; desde que se ha reconocido, por el contrario, que la materia no puede ser creada, como no puede ser tampoco aniquilada; que la eternidad de la materia se hace, pues, evidente y cierta, como de ello está persuadido el ilustre autor de *Cosmos*, y que la creación continua de la materia por sí misma—de la *naturaleza naturada* por la *naturaleza naturante*,—es la consecuencia de su eternidad; desde que se aceptan, en fin, las grandes palabras de Goethe: «No hay creación, ni destrucción; no hay más que metamorfosis;» entonces se recuerdan y aceptan también las palabras de Laplace á Napoleón á quién explicaba su *mecánica celeste*. «Pero, en vuestro sistema, le dijo el emperador, ¿qué hacéis de Dios?»—«¡Oh! replicó el astrónomo, Dios es una hipótesis de la cual no tengo necesidad alguna (18)».

Laplace hablaba así del Dios personal, del que se dice que ha creado el mundo y que lo gobierna. Y Laplace fué tachado de ateo. No lo era más que los primeros cristianos á quienes los

(18) Descartes osó decir antes que Laplace: «La naturaleza es un vasto mecanismo; la ciencia una matemática universal.» Pudo concluir diciendo también que Dios es una hipótesis inútil.

romanos del imperio habían también dado el nombre de *ateos*, porque rehusaban la admisión de sus dioses oficiales. Con ellos, formábase del universo una concepción distinta y nueva. Bajo ese gran nombre de Dios creo que es permisible colocar una idea diferente de la idea popular y no menos grande seguramente. Veamos.

Cuando Pascal pronunció aquellas palabras tan conocidas: «Verdad aquende los Pirineos, error allende», fué á propósito de simples verdades convencionales, de las que hace y deshace la opinión de los hombres, «ondulante y diversa, vagabunda y versátil, tumultuaria y vacilante». No hubiera podido hablar así de las verdades matemáticas; hubiera dicho con Newton: *Natura est semper sibi consona*, pues él mismo había dicho: «La naturaleza siempre se imita». Pascal, que podía ya medir y calcular el movimiento de los cuerpos celestes, que podía comprobar su marcha uniforme, sabía perfectamente que una sola y misma geometría reina en todo el universo; sabía muy bien que por doquiera, en un círculo el diámetro es el tercio de la circunferencia, que en todas partes en un triángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los otros dos lados. Conocía «esas puras é incorruptibles fórmulas, que existían antes de que el mundo existiera, que existirán cuando deje de

existir, que dominan todos los tiempos, todos los espacios, esas fórmulas sagradas que sobrevivirán á la ruina de todo el universo». (E. Quinet). Si Pascal viviera hoy día, si reconociera por los meteoritos, que los planetas tienen una formación geológica parecida á la de nuestra tierra, y si, descomponiendo un rayo de luz, lograra determinar de qué metales y de qué gases se componen los cuerpos del sol y de las estrellas, convendría también en que una sola y misma física, una sola y misma química reinan en todo el universo. Y, retorciendo sus célebres palabras, diría: «Verdad en un astro, en un mundo, verdad en todos los astros, en todos los mundos». Diría con d'Alembert: «El universo no es más que un hecho único, una sola y misma gran verdad». Entonces, en fin, podría así coronar su pensamiento (si las palabras de una lengua humana pueden traducirlo, y si los atributos de una personalidad individual pueden ajustarse á la personalidad universal): Dios es «la ley generatriz de donde se deducen los astros» (H. Taine), «la ley suprema que enlaza y abraza todas las otras» (E. Vacherot); es el *Ser necesario* de Kant, al que llama «la suma de las posibilidades primitivas»; es esta ley universal geométrica que Képler declaraba «coeterna con el espíritu divino antes del origen de las cosas, ó mejor Dios

mismo». *(Geometría ante rerum ortum menti divinæ coæterna, Deus ipse)*; es la causa primera, desconocida y general, de las causas segundas, conocidas y parciales, reducidas de esta suerte al estado de efectos; es la ley primordial, final y total, que todo lo abarca, todo lo domina, todo lo rige; es, en fin, en el orden natural, la suprema síntesis, á que se remonta toda ley y de que toda ley procede, como sería en el orden ideal, lo absoluto de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.